

TALIA HIBBERT

OTRA VEZ

tú

Traducción
de Sara Bueno
Carrero



FANDOM BOOKS

**OTRA
VEZ**
tú

Título original: *Highly Suspicious And Unfairly Cute*

1.ª edición: enero de 2025

© Del texto: Talia Hibbert, 2025

Publicada por acuerdo con Random House Children's Books,
una filial de Penguin Random House LLC.

© De la traducción: Sara Bueno Carrero, 2025

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2025

C/ Valentín Beato, 21, 28037 Madrid

www.fandombooks.es

Ilustración de cubierta: Mlle Belamour

ISBN: 978-84-18027-99-4

Depósito legal: M-18108-2024

Impreso en España - *Printed in Spain*



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

TALIA HIBBERT

**OTRA
VEZ**
tú

Traducción de Sara Bueno Carrero

FANDOM BOOKS

Para Sam, mi amor del instituto

NOTA DE LA AUTORA

La trama incluye abandono paterno y describe cómo es vivir con trastorno obsesivo compulsivo. Espero haber tratado las experiencias de mis personajes con el cuidado que se merecen tanto ellos como los lectores.

La trama también incluye la descripción, aunque muy ficticia, de parques que existen en la realidad. Pido disculpas por los posibles errores geográficos. En mi defensa, he de decir que son licencias artísticas.

SEPTIEMBRE



CAPÍTULO UNO



CELINE

Es el primer día de clase y ya me están obligando a socializar. —Te lo digo en serio —dice Nicky Cassidy, con los ojos muy abiertos y la camisa, de efecto desteñido, manchada de lo que parece tomate frito—. Juice WRLD está vivo, Celine. Hay que contárselo a todo el mundo.

Tengo 19 806 seguidores en TikTok (@LoQueOpinaCeline; sígueme a ver si llegamos a 20 000), así que vete tú a saber cómo pretende que informe de nada «a todo el mundo». Además, hago vídeos sobre ovnis y vacunas (en resumen, creo en las dos cosas) y sobre el tío ese que secuestró un avión y desapareció de la faz de la tierra con el dinero del rescate. No hago vídeos sobre la muerte trágica de nadie, porque es de mal gusto y una cutrez.

Y, además, no acepto sugerencias. Por Dios, si soy conspiracionista. Algo de glamur tiene que tener, ¿no? Si no, ¿para qué lo hago?

—Lo siento, Nicky —respondo—, pero no.

Se queda destrozado ante mi falta de sensibilidad por su causa.

—Es broma, ¿no?

—Casi nunca digo nada en broma.

—Está bien. Si no quieres contar tú la verdad, ya me encargo yo. Además, tu TikTok es una mierda.

Se marcha furioso y me deja atravesar sola los jardines del instituto.

Hasta aquí las esperanzas que había depositado mi madre en que hiciera más amigos este curso.

En fin. Inspiro el cálido aire de septiembre y recorro, dando largas zancadas, los caminos que atraviesan sin orden ni concierto el recinto escolar. El instituto Rosewood es un laberinto lleno de recovecos, pero este es mi último curso, así que me lo conozco tan bien como la discografía de Beyoncé. Tardo cinco minutos en llegar a la Cabaña de Haya, es decir, el espacio que hace las veces de cafetería y zona común de los de bachillerato: un edificio diminuto, que huele a moho y que está pidiendo a gritos que lo demuelan. Ocupo la mesa de siempre, junto al tablón de anuncios, y procedo a la importantísima tarea de hacer caso omiso de los que me rodean.

Estoy con el teléfono, editando varios vídeos de vacas que grabé el fin de semana para subir contenido sobre la posibilidad de que sean las élites bovinas caníbales las que dirijan el sector cárnico, cuando mi mejor amiga se sienta en la silla que tengo al lado y agita delante de mi cara un folleto de papel satinado.

—¿Lo has visto? —pregunta Michaela, cuyos rizos rosas le rebotan por la emoción.

—Pues no —digo—, y menos que voy a ver si me sacas un ojo.

—No seas borde. Mira. —Deja con un manotazo el folleto encima de la mesa y cacarea—: ¡Katharine Breakspeare! —Y, a continuación, chasquea el *piercing* de la lengua contra los dientes, que es el particular gesto triunfal de Minnie.

Y funciona. Me abalanzo sobre el papel brillante como si fuera un plato de nachos.

Ahí está: Katharine Breakspeare, con un gesto de seriedad en la boca (Katharine no es de esas que sonrían con elegancia, la verdad) y el pelo perfectamente acicalado. Hasta publicaron en *Vogue* un artículo entero sobre su peinado, cosa que me parece ridícula teniendo

en cuenta que Katharine es famosa por ser una pionera en el derecho humanitario. Los analistas la llaman la James Bond de los juzgados por lo mucho que mola; en los últimos cinco años, ha ganado como poco tres casos importantísimos a nivel internacional, y le ha comprado a su madre una finca enorme en su Jamaica natal en la que pasar la jubilación. Y va *Vogue* y se pone a hablar de su pelo. A ver, vale que tiene pelazo, pero no me fastidies.

Katharine Breakspeare es mi ejemplo a seguir, y algún día voy a ser como ella y le voy a construir a mi madre una casa en Sierra Leona.

Entorno los ojos y examino el folleto.

—«Solicita tu plaza en el campamento Breakspeare» —leo—. ¿Su campamento formativo? Pero si es para universitarios.

—Ya no —dice Minnie con una sonrisa mientras da golpecitos con el dedo sobre el texto que tenemos ante nosotras—. «Reconocido curso, ya disponible para participantes de entre dieciséis y dieciocho años...»

—«... por primera vez» —termino de leer—. «Destaca entre los demás, contacta con las empresas más prestigiosas y aprovecha la oportunidad de conseguir una beca universitaria íntegra». —Se me ha dormido la boca y secado la garganta. Tengo los nervios de punta—. Necesito agua.

Michaela es bailarina, así que no va a ninguna parte sin una botella de agua de dos litros, que pesa una tonelada.

—Toma —dice con alegría, y provoca un pequeño terremoto cuando la deja de un porrazo sobre la mesa.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunto entre tragos desesperados, mientras agito el folleto que va a salvarme la vida.

—Del despacho de Darling.

—¿De Darling? Minnie, es el primer día de clase. ¿Cómo has hecho para estar ya en su lista negra?

—No estoy en su lista negra —dice con remilgo—. Ha sido solo un aviso. Lo típico: «Céntrate en estudiar este curso, Michaela, o acabarás muerta debajo de un puente a los veinticinco». El discurso de siempre para subirme la moral.

—Amor, eso que dice no es verdad. Es que te tiene envidia por ese pelazo y ese cerebro que tienes.

—Calla. Ya sabes que nunca le hago caso. Tengo otros planes. —Es verdad. Quiere ser como Jessica Alba en la película favorita de mi hermana mayor, *Honey, la reina del baile*, pero mucho más guay y negra. Entonces, me guiña un ojo y le da golpecitos al papel con el dedo—. Y tú también.

La verdad es que no: mi plan principal es centrarme en los estudios, porque es la única manera de que me admitan en Cambridge, que, a su vez, es la única manera de estudiar la mejor carrera de Derecho y dominar el mundo.

Pero también he estado investigando y leyendo foros: las empresas (bufetes de abogados incluidos) se pelean por contratar a alumnos del campamento Breakspeare, porque de él salen candidatos muy competentes y motivados, con una ética laboral y unas capacidades dignas del buen nombre de Katharine. No se parece en nada a los demás cursos, en los que se memorizan libros y se hacen prácticas laborales y ya está. En este, te sueltan en plena naturaleza y tienes que sobrevivir y, a ser posible, hasta salir bien parada, por motivos que estoy segura que son de lo más lógico. Vale que no me queda del todo claro, pero seguro que Katharine sabe lo que hace.

La naturaleza no es lo mío, al menos ahora. Pero sería capaz de hacer gárgaras con agua estancada con tal de tener cerca a gente tan influyente, por no hablar de la beca. Así que está claro: estos son mis nuevos planes para el último curso. Adiós al club de latín y al voluntariado en la clínica veterinaria.

Toca hacerle hueco al campamento de Katharine.

Al parecer, quien esté interesado en informarse puede asistir a una reunión en Nottingham esta misma semana. Le doy la vuelta al folleto a ver si incluye mapa, pero en su lugar veo un QR con el texto «reserva tu plaza» y los logotipos de todas las empresas participantes. Es una lista muy larga. Algunas son importantísimas, como Boots; otras son pequeñas, pero influyentes, como Games Workshop, y también veo un montón de bufetes de abogados, cosa que...

Ahí va.

Uno de los patrocinadores es el bufete de mi padre.

Minnie ve la cara que he puesto y sigue la dirección de mi mirada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Examina la hoja.

—Ponte las gafas, Michaela —mascullo bruscamente.

—¿Con estas pestañas? —Parpadea para presumir de pestañas postizas (prácticamente abanicándome) y, a continuación, lee—: «Lawrence, Needham y Soro, derecho societario, fundado en 1998».

Trago saliva. Vuelvo a tener la garganta seca. Le doy otro buen trago a la botella de agua.

—Oye, oye, oye —dice Minnie—. Que a mí también va a hacerme falta. ¿O quieres que me seque como una pasa? —Recupera la botella gigantesca y dice—: Soro. ¿De qué me suena? Soro, Soro...

—Ahí trabaja mi padre.

Minnie se estremece. Es mi mejor amiga, así que lo sabemos todo sobre la familia de la otra. Por ejemplo, yo sé que su abuela es una cerda lesbófoba y ella sabe que mi padre nos abandonó para irse con su otra familia hace diez años y que no lo veo desde entonces. Lo típico. Con una mueca y una voz aguda, Minnie dice:

—Igual los patrocinadores no tienen ni voz ni voto.

—La verdad es que me da igual. —Lo digo en serio. Es él quien tiene de lo que avergonzarse. Yo soy el orgullo de la familia.

De la familia Bangura, no Soro, por cierto.

Me guardo el folleto en la mochila, entre las páginas de un libro, para que no se estropee ni se arrugue.

—Me lo pensaré. Gracias, Min.

Me lanza un beso justo cuando suena el timbre, y nos levantamos para ir a clase. Solo entonces me doy cuenta de quién ha entrado en la Cabaña de Haya mientras Minnie y yo hablabamos.

Ha venido Bradley Graeme.

A ver, él y un montón de gente más, pero destaca por ser el inútil número uno. Él y su apasionado club de *fans* se han instalado

en su mesa habitual, a kilómetros del despacho de administración, por lo que pueden saltarse todas las normas e irse de rositas.

Para muestra, un botón: ahora mismo, Bradley Graeme está dando toques con la cabeza a una pelota de fútbol, cosa que está de lo más prohibida. Le botan las trencitas, de pelo reluciente, y luce la sonrisa amplia y despreocupada típica de las malas personas de verdad.

Minnie se acerca a mí cuando pasamos a su lado.

—¿Tú crees que Brad va a pedir plaza en Cambridge?

—Pues claro —mascullo. Ni que fuera a desaprovechar la oportunidad de pavonearse.

—Entonces, puede que coincidáis en las entrevistas y tal, ¿no? Uf. Espero que no.

—Me da igual. Deja de mirarlo.

Minnie levanta una ceja.

—Si has empezado tú.

Sí, bueno. Es imposible no mirar a Bradley. Es tan pesado que hasta crea un campo gravitatorio propio.

Su club de *fans* (que consiste en un setenta por ciento en jugadores de fútbol y en un treinta por ciento en chicas cuyos padres les compran toneladas de ropa en Vinted; es decir, en un cien por cien, gente flaca y guapísima que practica bailes de TikTok en serio y que se pasa los fines de semana siendo anodina y yendo a fiestas en casa de sus amigos) está totalmente embelesado con sus payasadas, como si nunca hubieran visto un balón de fútbol. Salvo por Jordan Cooper, que pone los ojos en blanco, le arrebató la pelota y dice con un monótono acento estadounidense:

—Para ya o Darling te la revienta.

Darling es nuestro tutor: un apático profesor de Geografía que reparte castigos como si se los pagaran.

Bradley se limita a reírse como si no le tuviera miedo a nada en el mundo, cosa que es mentira. Pero, la verdad, siempre he pensado que es un falso y un farsante y que está hecho de plástico del que se carga el planeta, así que... tiene su lógica.

Estoy decidida a apartar la vista con un desdén devastador cuando Bradley, que no podía ser menos oportuno, levanta la mirada y la clava en mis ojos. Fenomenal. Lo miro con todo el desprecio posible, pero no le vacila la sonrisa.

De hecho, sonrío aún más. Alza las cejas y prácticamente le leo los pensamientos: «¿Otra vez me estabas mirando, Bangura?».

Le lanzo una mirada de odio. «Más quisieras».

Su sonrisa se vuelve burlona.

Bah.

BRAD

Se supone que septiembre es un mes para empezar de cero, como las páginas de mi cuaderno nuevo, pero, hasta la fecha, está siendo más bien turbio y hace un calor del demonio. Cuando Max Donovan arrastra a la pandilla al campo de fútbol a la hora de comer con la intención de jugar una pachanga, lo miro como si no estuviese bien de la cabeza. ¿Pretende que empape de sudor la ropa que me he puesto para el primer día de clase?

—Gracias, pero no —dice Jordan mientras yo sigo pensando en la pesadilla que es el ejercicio imprevisto. A él le da igual sudar el uniforme, pero les tiene mucho cariño a sus Yeezy.

Donno pone los ojos en blanco y me pasa la pelota.

—Bradders, ¿te apuntas?

Pues no, pero no puedo evitar la tentación de levantarla del suelo: un toque con el pie derecho, luego con el izquierdo, la rodilla y el pecho.

—Gracias, pero no —digo, y repito los mismos movimientos.

—Qué flipado —murmura Jordan.

Le saco la lengua y le devuelvo el balón a Donno, que respala de forma burlona.

—Joder, qué aguafiestas sois. —Es el capitán del equipo y tiene una joya de pierna izquierda, el pelo rubio y lacio y unos ojos azules y brillantes. Siempre exhibe una sonrisa amplia y burlona que apenas le oculta los colmillos. He llegado a estar pilladísimo por él—. ¿Y los demás, cabrones?

Los chicos que pululan alrededor del improvisado campo de fútbol prácticamente se ponen en posición de firmes. Me imagino un saludo riguroso y un coro de «¡señor, sí, señor!» a juego con su expresión reverencial. Donno es un egocéntrico (y sé de lo que hablo, porque yo también lo soy) y el equipo no ayuda.

Jordan y yo los dejamos a su aire. Hay un sauce llorón al final del césped que proyecta una sombra verde y fresca que me llama a gritos.

Cinco minutos después, nos oculta del resto del mundo una cortina de hojas. Me tumbo, con la cabeza apoyada en la mochila, y abro mi ya ajado ejemplar de *Sistemas críticos*. Estoy volviendo a leer *Los diarios de Matabot*, principalmente para torturarme al saber que nunca voy a escribir nada tan bueno como esto.

O que nunca voy a escribir nada a secas.

Pero no me dejo llevar por los pensamientos derrotistas. La doctora Okoro me ha enseñado a no invitarlos a cenar.

—Oye, Brad —dice Jordan de repente—, ¿qué te parece Minnie Digby?

Lo observo por encima del libro.

—¿Minnie Digby?

—Sí. —Jordan baja la vista, tal vez, con la esperanza de que los rizos le tapen las mejillas, normalmente de color tostado y ahora ruborizadas—. Ya sabes, la que es amiga de...

—Ya sé de quién es amiga Michaela Digby.

Jordan vuelve a sonreír.

—Ah, sí, es verdad.

—Como somos buenos amigos, voy a hacer como si no te hubiera oído.

Jordan tiene una mente retorcida que contiene teorías de mierda sobre mí y otras personas que no me voy a dignar en

nombrar. Venga, vale: se llama Celine Bangura y es mi archienemiga. ¿Todos contentos?

Cierro el libro (auténtico sacrificio, teniendo en cuenta que Matabot se está planteando si arrancar o no un brazo) e intento responder a su pregunta.

—Creo... —Que Minnie Digby anda con malas compañías. Que, como se atreva siquiera a mostrarse en desacuerdo con su amada lideresa sobre literalmente cualquier tema, se va a quedar más sola que la una a la velocidad de la luz. Que...

Ya estamos, Brad. ¿En plena conversación?

En fin. Dejo de lado mi justificadísimo odio hacia Celine y digo algo que venga a cuento:

—Creo que Minnie es lesbiana.

—¿Qué? —grazna Jordan—. ¿Te da la impresión de que es lesbiana o...?

—Me han contado que es lesbiana.

Además, mi intuición no falla nunca y a Minnie solo le falta ir lanzando rayos arcoíris por donde quiera que vaya, pero eso me lo callo.

—Ah. —Mi mejor amigo se viene abajo.

—Pero, oye, igual me equivoco. ¿De qué la conoces, por cierto?

Jordan suspira.

—La tengo este año en clase de Literatura. Esta mañana ha dicho no sé qué del canon tóxico y de que la marginación literaria unida al despiadado capitalismo supremacista machista, homófobo y racista han envenenado la cultura creativa occidental. —Jordan habla en un tono algo más animado que el habitual, lo que significa que está tan fascinado que echa espuma por la boca.

—Ya, Minnie Digby. Seguro que a la clase le ha encantado.

Este instituto no es precisamente progresista. Vamos, que se encuentra junto a un barrio muy conservador y la mitad de los alumnos repiten como loritos todo lo que los pijos de sus padres les dicen.

—Titherly quería estrangularla —dice Jordan como distraído.

A lo mejor está enamorado. A lo mejor Minnie es bisexual, como yo, y tiene alguna posibilidad. Al fin y al cabo, Jordan es guapete; sé que hay chicas a las que no les gustan los chicos bajitos, pero espero que Michaela sea lo bastante progresista como para no caer en eso. Igual dentro de diez años me invitan a su boda y puedo dar un discurso hablando de esta anécdota.

Me lo puedo imaginar: llevo un traje impecable y a todo el mundo le hacen gracia mis chistes de padrino. Celine es la dama de honor, pero, por desgracia, no ha asistido a la boda porque me colé en su habitación y le quité la alarma del móvil. Y le cerré con llave la puerta desde fuera.

Me río para mis adentros y le digo:

—Si te gusta, dile algo.

—¿El qué?

—Por ejemplo: «Oye, Minnie, yo tampoco soporto a Dickens. Te invito a unas tortitas».

—*Bro*, Dickens no. A todo el mundo le encanta Dickens.

No me lo puedo creer. El curso pasado tuve que leerme *Historia de dos ciudades* y casi me arranco los ojos.

—En fin. —Jordan vuelve a su melancolía—. No sé si me gusta o no. Solo quería saber tu opinión.

—¿Y luego qué? ¿Vas a escribirles una carta a sus padres para preguntarles si puedes llevártela a un museo?

Jordan se ríe.

—Vete a la mierda. —Entonces suena el timbre del instituto y los dos protestamos a la vez—. ¿Qué tienes ahora?

—Filosofía. —Para la que hace un calor de narices. Las crisis existenciales pegan más los días de lluvia; el sol chafa el ambiente—. Tú tienes hora libre, ¿no?

—Sí.

Le sonrío.

—Acompáñame a clase, tío.

—No. Nos vemos en el campo de *soccer*.

En fin.

—Jordan, el tema está más que hablado. Deja de llamarlo *soccer*.

Mi amigo resopla.

—Es que no pienso llamarlo...

Justo como si acudiese en mi ayuda, un balón de fútbol atraviesa las ramas del sauce llorón y cae entre nosotros.

—Dejaos de cháchara, chicas —grita Donno, que viene corriendo detrás de la pelota.

—¡Oye! —Jordan frunce el ceño—. No nos llames así. Eres el capitán del equipo.

—Ya, y por eso os animo a que mováis el culo.

Donno me tiende la mano para ayudarme a levantarme. Ser amigo suyo es como tener de mascota una serpiente venenosa, que te quiere tanto que solo te muerde una vez al año. A los trece años, gracias a él me libré de estar solo en el mundo. Ahora, a los diecisiete, me toca bastante las narices, pero siempre va a estar ahí, y yo voy a estar para él. Aunque a veces me lo ponga complicado.

—¿Estás en la clase de Filosofía de Taylor? —me pregunta Donno mientras me ayuda a levantarme.

—Sí. ¿Por?

—Porque yo también.

Entonces me da una palmada en la espalda y se marcha corriendo junto al resto del grupo.

—¿No estabais en clases distintas? —pregunta Jordan.

—El curso pasado, sí.

Se ve que este curso ha cambiado el horario.

Aun sabiéndolo, no ato cabos hasta haber atravesado todo el recinto escolar y llegar al aula del profesor Taylor. Si han juntado la clase de Filosofía de Donno con la mía, adivina con quién voy a debatir sobre Voltaire este curso.

Con Celine Bangura.

Me quedo parado en el umbral, mirándola como si fuera imbécil. No se da cuenta porque está hablando con Sonam Lamba, así que, para variar, la veo sonreír en vez de fruncir el ceño. El maquillaje rosado de sus mejillas mofletudas destaca

sobre la piel oscura. Sus trenzas, largas y finas, descansan sobre el pupitre, casi de color negro, con unos cuantos mechones verdes fosforitos que le enmarcan el rostro.

Básicamente, tiene el mismo aspecto de siempre: el de una malísima persona a la que no soporto.

—Lo siento —le dice a Sonam—, pero no puedo. El jueves por la noche tengo cosas que hacer. Por cierto, igual te interesa. —Se rebusca en la mochila—. Es un curso dirigido por Katharine Breakspeare. ¿La conoces? Podrías venir.

A ver, Sonam es una tía muy guay, así que nunca he terminado de entender por qué es amiga de Celine. Celine es una crítica, mientras que Sonam es majísima. Celine se cree mejor que nadie, mientras que Sonam es una maestra del violín y va por ahí con unas gafas violetas y unas botas góticas que son una pasada, lo que significa que es mucho mejor que Celine (que va por ahí a secas). Y, por último, Celine se cree la reina del universo, y por eso me encanta ver como Sonam la rechaza.

—Pero va a ser genial —insiste Celine—. Tiene muy buena fama. Si te aceptan, puedes añadirlo a la solicitud de plaza en la universidad...

Estaba claro que Celine iba a sacar el tema de la solicitud de la universidad el primer día de clase. Seguro que solo va a pedir plaza en Oxford, Cambridge o incluso Harvard, y que está convencida de que van a admitirla porque es listísima y especial y...

—¡Anda, Bradley! —El profesor Taylor se percata de mi presencia; tiene las mejillas rosadas por el calor—. Yo diría que eres el último pasajero de este nobilísimo viaje a través de la filosofía.

Toda la clase me está mirando, y yo aparto la vista de Celine como quien la aparta del sol.

—Eh... sí. Hola.

—Pues venga —brama en una voz shakespeariana que no cuadra con su cuerpo huesudo—. ¡Pasa, pasa! Ya estás tardando. Siéntate, que empezamos.

Taylor es un tío majo, así que me encantaría hacerle caso. Pero el único asiento que queda libre es al lado de Celine.

CAPÍTULO DOS



CELINE

Si quiero estudiar Derecho en Cambridge el año que viene (y lo voy a conseguir), necesito como poco un sobresaliente en Filosofía. Y ese es el único motivo por el que no me tiro por la ventana de la clase del profesor Taylor cuando veo a Bradley en el umbral.

Me mira y se estremece sin disimulo, como si fuera una caca de perro o algo por el estilo. Su amigo Donno, que es insopor- table, pero fácil de ignorar (como los mosquitos), se ríe desde su pupitre, enfrente de mí.

—Mala suerte, Bradders.

Me arden las mejillas. De rabia, obviamente.

Por paradójico que parezca, la gente como él (los «popu- lares», que creen que el deporte, el aspecto físico y la aprobación de los demás pueden sustituir a la personalidad) es incapaz de relacionarse con nadie que no esté dentro de su círculo. Lo sé bien. Hubo una época, cuando era joven y no debía de estar en mi mejor momento, porque tenía estropeado el mecanismo en- cargado de tomar decisiones, en que fui la mejor amiga de Bradley Graeme.

Hasta que se lanzó de cabeza al monstruo gelatinoso de la popularidad, que lo absorbió y lo cambió. Y ahora bien podría ser un extraterrestre viscoso y baboso. Lo miro a los ojos y no escondo el desprecio que siento por él.

Bradley encuentra el mínimo ápice de fuerza de voluntad escondido en su interior, se acerca con paso brusco y se sienta a mi lado. Bueno, más bien se desploma con resentimiento sobre la silla y me asfixia con su olor a desodorante. O a *aftershave*. O lo que sea que hace que huela tan fuerte a hierba recién cortada. Con lo estrechos que son los pupitres, ya de por sí no me entran los muslos, pero es que, encima, Bradley se sienta abierto de piernas como el machirulo que es, y chocamos las rodillas durante un espeluznante segundo antes de que me apresure a apartar la mía.

—Celine —susurra Sonam acercándose a mi oreja izquierda—. Deja de mirarlo así.

—¿Así cómo? —le contesto susurrando, pero sé de sobra a lo que se refiere. Tengo un pequeño problemilla: que se me nota todo en la cara, y suelo ser intensita.

—Como mañana aparezca muerto, van a detenerte a ti.

Teniendo en cuenta el gesto constante de seriedad de Sonam, que siempre va de negro y a la que apenas le caben las piernas larguiruchas bajo el pupitre, me siento como si una araña gótica me acabara de echar las cartas y la predicción no augurase nada bueno.

—Se os da fatal cuchichear —nos interrumpe Bradley—, que lo sepáis.

Me sacudo en mi asiento, horrorizada de que haya tenido las narices de hablarme como si nada. Por Dios, si somos enemigos. Existen unas normas. No puede dirigirse a mí si no es para llamarme «sabelotodo» o para desafiarme a un duelo.

—A mí no me mires —murmura Sonam—. Ha sido doña Capacidad Pulmonar.

No me creo lo que estoy oyendo.

—¿Y esta traición?

Bradley sonríe y pasa de mí por completo.

—Hola, Sonam.

—Hola, Brad.

Alucino. Tengo exactamente dos amigos y medio (un amigo de Sonam, Peter Herron, a veces me saluda) y resulta que llega Bradley Graeme y se pone a hacer co as con una de ellos delante de mis narices.  Es que ya nadie respeta nada?

El profesor Taylor se coloca las gafas y da una palmada que interrumpe mis pensamientos.

—En fin, ya est  todo el grupo. Nos conocemos todos,  no?

—Va señalando los distintos pupitres, dispuestos formando un cuadrado—. Brad, Celine, Sonam, Peter, Shane, Bethany y Max.

—Donno, profesor —le corrige Donno.

Taylor se ríe en la cara del muy imbécil pretencioso y continúa:

—Somos pocos en clase, así que doy por hecho que los que habéis elegido Filosofía es porque os interesa. Pues os va a hacer falta el interés para superar este curso.

No creo. La Filosofía no es difícil; solo aburrida.

Miro con discreción a la derecha y veo a Bradley jugar con un bolígrafo entre los largos dedos. Le entreveo el bíceps tensado, medio tapado por la manga corta de la camiseta blanca, y percibo una evidente testarudez en la mandíbula, tan definida que da asco. Si no me hubieran obligado a verlo pasar la pubertad, habría pensado que su estructura  sea es operada.

—Hoy tenemos mucha materia, pero lo primero es lo primero. —Taylor deja un montón de papeles sobre la mesa—. Aquí tenéis el programa. Coged uno y pasad los demás. Como veis, vamos a empezar con los argumentos a favor y en contra de la existencia del dios del te smo clásico.

Sigue cotorreando sobre la omnipotencia y el problema del mal y el sufrimiento con entusiasmo. Le prestaría atención, pero Bradley deja los papeles de un porrazo delante de mí, como si la mesa acabase de insultar a su madre.

Es curioso, porque un día le  que el olor a hierba recién cortada es en realidad una sustancia química que segrega la planta

cuando está en peligro, lo que me recuerda a una teoría que estoy investigando y que dice que el veganismo es igual de malo que comer carne debido a la explotación de los trabajadores migrantes (y tiene razón) y a la posibilidad, totalmente viable, de que las plantas sientan dolor. Vamos, en resumen, que Bradley Graeme huele a muerte.

Me lamo el pulgar, cojo una copia del programa y murmuro:

—¿Acaso todo lo que haces es una calculada demostración de masculinidad? Y, en caso de que así sea, ¿no tienes miedo de que la constante presión por lograr resultados te acabe haciendo estallar?

Bradley me responde, también en un susurro:

—Algún día acabarás los estudios y tendrás que enfrentarte a la realidad: que memorizar diccionarios no te hace interesante.

Le paso las hojas a Sonam.

—Afortunadamente, tú nunca tendrás que afrontar el momento de la verdad, puesto que, tras el inevitable fracaso en la consecución de tus objetivos vitales, volverás al sistema educativo en calidad de profesor y hostigarás a los alumnos en los pasillos con relatos sumamente adornados de tus días de gloria.

Bradley no levanta la vista del bolígrafo, que no deja de girar entre los dedos.

—No sabía que les tuvieses tanto asco a los profesores. ¿Lo sabe tu madre?

Hace diez años, mi familia se fue al traste y mi madre tuvo que ocuparse de dos trabajos para mantenernos a flote mientras acababa la carrera de Magisterio.

—Eso no... Sabes que no...

—Chicos, tranquilidad —ordena el profesor Taylor, en lo más cerca que va a estar nunca de gritar: «¡Que os calléis!».

—Eso, Celine —susurra Bradley—. Tranquilidad.

Donno, enfrente de nosotros, vuelve a reírse. Aprieto los dientes. Me la sopla me la sopla me la sopla me la sopla.

Taylor nos habla de *Mero cristianismo*, de C. S. Lewis. Pasan los minutos. Mientras yo tomo apuntes inteligentes y muy concisos,

Bradley subraya el libro casi hasta reventar. Aunque es mejor que lo que hace Sonam, que está garabateando polillas en un trozo de papel y no está apuntando nada. Está claro que este año voy a tener que volver a fotocopiarle mi archivador.

—Pues adelante —dice Taylor con la rotundidad típica de los profesores, y me doy cuenta de que hay algo de lo que no me he enterado. Mierda. No voy a sacar todo sobresalientes ni conseguir plaza en Cambridge ni un título de prestigio ni un trabajo maravilloso en un importante bufete de derecho societario si el puñetero Bradley Graeme sigue sin tomar apuntes como Dios manda a mi lado. Seguro que lo hace a propósito. Sabe que no soporto que la gente subraye medio libro.

Me giro para mirarlo con odio y me lo encuentro con la vista clavada en mí.

—¿Qué?

Bradley entrecierra los ojos.

—Que no podemos marcharnos hasta que hayamos debatido del tema en pareja.

Pues sí que se han pasado rápido las dos horas de clase.

—¿Que debatamos en pareja? ¿Los dos?

—Sí, los dos, Celine —dice bruscamente—. ¿Ves que tenga a alguien más al lado?

—Ya me gustaría —mascullo. Entonces se me viene a la cabeza una idea, o más bien un recuerdo, horrible: lo que ha dicho Minnie esta mañana—. ¿En qué universidad vas a pedir plaza? —le pregunto, bastante de la nada, la verdad.

Bradley da golpecitos con el dedo sobre el libro.

—Céntrate en el texto.

—Que me respondas.

Por desgracia, su madre y la mía son buenas amigas, así que me he enterado (totalmente en contra de mi voluntad) de que Bradley también quiere estudiar Derecho. Así que, como me vea obligada a pasar tres años más en su presencia a la vez que afronto la presión de una carrera tan exigente, puede que estalle y lo tire por un puente.

Bradley me lanza una mirada sombría.

—Aún queda mucho tiempo para tener que pedir plaza.

Debería estar aliviada, porque es verdad que para la mayoría de las universidades aún falta mucho tiempo, pero no para Oxford y Cambridge. El problema es que...

—¿Por qué no vas a pedir plaza en Cambridge?

Que no es que quiera que la pida, obviamente, pero entraría casi seguro, así que ¿por qué no lo intenta?

Bradley pone los ojos en blanco. Está atardeciendo y las ventanas de la clase son enormes, así que parece la personificación del whisky, de la madera y de uno de esos filtros sepia de Instagram. La verdad, está espantoso.

—¿Para qué quieres que pida plaza en Cambridge? —pregunta—. ¿Para que me pase tres años más siendo el único negro de la clase?

Frunzo el ceño.

—¿Hola? Me tienes delante.

—¿Hola? Es una frase hecha. Somos seis en total en el curso. ¿Te parece bien?

—Preferiría que fuéramos cinco. —Lo peor de ser minoría es que de vez en cuando tengo que apoyar en público a Bradley. Como un día del curso pasado, en que un tío de un instituto rival se metió con él durante un torneo de fútbol y yo tuve que tirarle una botella de Coca-Cola (por principios)—. Las cosas no van a cambiar si no las cambiamos nosotros.

—No tengo por qué ocuparme de hacerles cambiar de opinión —dice, y tiene razón. Su hermana mayor está a punto de convertirse en una científica de éxito, y su hermano pequeño, que acaba de fichar por las categorías inferiores del Nottingham Forest, probablemente acabe jugando el Mundial con Inglaterra o alguna gilipollez del estilo; además, sus dos padres son seres humanos útiles, leales y con sentido del deber. Brad puede permitirse asistir a una universidad de segunda o tercera fila y sacarse una carrera de segunda o tercera fila porque su familia es perfecta, no sufre la presión de tener una madre soltera y su

mierda de padre no lo ha abandonado ni sometido a la humillación del olvido.

Mi hermana mayor jura por activa y por pasiva que va a ser la próxima Georgia O’Keeffe, pero ¿quién sabe cuánto tiempo le va a llevar? Hasta entonces, yo soy la única capaz de demostrar lo que valemos. Soy la única que puede compensar a mi madre por tantos años de sangre y sudor (porque las Bangura no lloremos).

Pero me limito a decir «ajá» y me centro en el libro.

—¿«Ajá»? —repite Bradley—. ¿Cómo que «ajá»?

Ni que se lo fuera a explicar. Prefiero pincharlo.

—¿Crees que no te admitirían?

Se ríe mirando al techo.

—Pues claro que me admitirían.

—Tan claro no está.

—Si te admiten a ti, también me admitirían a mí —dice de forma impasible—. El curso pasado, sacamos las mismas notas.

—Casi —le corrijo. Como ya he comentado, nuestras respectivas madres son amigas, así que sé las notas exactas que sacó Bradley el curso pasado.

Y sé que las mías eran mejores.

Está claro que él también lo sabe, a juzgar por su expresión de furia. Bien. Que se quede con sus maravillosos nuevos amigos y su puesto de estrella del equipo de fútbol, que yo me quedo con mi media de 9,85. Me abandonó en el infierno que es el instituto, pero, en la vida real (en el futuro, en el éxito), soy yo quien lo va a dejar tirado.

—Celine —dice Sonam dándome un empujoncito en el hombro. Me sorprende girarme y verlos a Peter y a ella recogiendo las cosas—. Ya hemos acabado. ¿Te vienes?

Miro de reojo al profesor Taylor, que está leyendo un libro casi tan grueso como mi brazo, con la palabra «DISTRÁIDO» escrita en la frente.

—Vale.

Ya leeré en casa y lo debatiré conmigo misma.

Pero Taylor marca la página con uno de sus huesudos dedos y levanta la vista de forma inesperada.

—Un momento, Celine, Bradley. —Su mirada nos deja clavados a la pared como si fuéramos insectos—. Como no habéis debatido sobre ni una sola palabra del texto, por lo que he podido oír...

Madre. Mía. ¿Nos ha oído Taylor? Repaso la conversación íntegra, llego a la conclusión de que ha sido, a lo sumo, completamente infantil e intento volver a la tierra.

—... podéis quedaros después de clase y entregarme una redacción sobre vuestra opinión —continúa Taylor.

Vamos, no fastidies. Aprieto los dientes y a Bradley se le ensanchan tanto los orificios nasales que me sorprende que no esté generando un tornado con su respiración. Pero a Taylor le da igual.

—Bajad a la biblioteca pequeña, por favor —dice con serenidad—. la delegación de alumnos tiene reservada esta aula durante la próxima hora.

—Pero, profesor —protesta Donno desde su pupitre—, tenemos entrenamiento y necesitamos a Brad. Es el mejor delantero.

El profesor Taylor lo mira por encima de las gafas, sin inmutarse.

—Pues que se dé prisa.

BRAD

Atravesamos el edificio en un silencio rebelde.

Me gustaría decir que todo esto es culpa de Celine, pero seamos sinceros: me he pasado las dos últimas horas comportándome como un niño y, sorpresa, me ha salido el tiro por la culata.

Aunque sigo cabreado con Celine.

Dios, qué creído se lo tiene. Vale que no soy mi hermana mayor, Emily, que estudia Biomecánica, ni mi hermano pequeño, Mason, que va camino de ser futbolista profesional, pero soy tan inteligente como Celine. Y está claro que igual de infantil, porque no puedo evitar murmurar:

—Espero que no pretendieras que Taylor te escribiese la carta de recomendación para Cambridge.

Celine abraza con fuerza el libro contra su camiseta de Metallica, con una expresión mitad aburrimiento, mitad su arrogancia natural.

—El profesor Darling estudió en Cambridge, así que me la va a escribir él.

Hay que joderse.

—¿Quién va a escribírtela a ti? —pregunta con inocencia, como si supiera que aún ni me lo he planteado; que no he mandado ningún correo electrónico a los profesores en verano para que me ayuden con la solicitud.

Y lo sabe. Se lo noto en la cara, en la imperceptible sonrisa a la espera de salir.

Dios. Como mi madre no deje de hablar de mí cada vez que queda con Neneh Bangura los domingos, voy a... En fin, voy a tener que hablar muy seriamente con ella.

—Aún no lo tengo decidido —digo sin emoción.

—Pues deberías ponerte ya —responde Celine, en plan mandona y con aires de superioridad mientras rodeamos a un ruidoso grupo de alumnos de octavo—. Si no, los profesores van a estar muy liados...

Aprieto las muelas.

—Ya lo sé.

—Y, a diferencia de lo que cree la gente, no se quedan esperando a que los futbolistas estrellas del instituto saquen tiempo entre sus importantísimos entrenamientos para pedirles un favor. Tienen trabajo de verdad y un montón de alumnos para los que escribir, así que...

—Celine.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Cállate.

Se le tensa la mandíbula y entrecierra aún más los ojos. Aparto la vista.

Aún no he empezado a pensar en las recomendaciones, pero no pasa nada. Quiero ir a la universidad de Leeds o de Bristol: alguna buena, pero del montón, porque no creo que haya nada peor que tener que memorizar la jurisprudencia en una clase llena de Celines estiradas. No me preocupa la plaza: tengo unas notas perfectas, puedo aprenderme casi de todo de memoria y debato tan bien que soy capaz de dejar sin palabras a Celine al menos la mitad de las veces. Que le den a la uni: que me entreguen ya el título de abogado.

A ver, tampoco es que sea el trabajo de mis sueños, pero... es lo que toca. ¿Qué alternativa tengo si no? ¿Pasarme el resto de mi vida intentando en vano escribir un libro, que mis padres me echen de casa al cumplir treinta y cinco porque sigo sin trabajo, y morirme de frío y soledad bajo un puente, como siempre dice el profesor Darling? Gracias, pero no. La opción más inteligente es hacerme abogado.

Celine abre la puerta que da a las escaleras y frunzo el ceño, pensativo. La pequeña biblioteca es una sala estrecha y sin ventanas situada en el sótano, llena de los libros que solo interesan a los frikis de la filosofía, la historia y el latín. Celine baja sin pensárselo, pero a mí me tiemblan las piernas.

Las escaleras son de hormigón y están tan desniveladas que dan risa. Mi cerebro, siempre tan servicial, me informa de que podría caerme, abrirme la cabeza y morir. (Mi cerebro, por si no lo he comentado antes, es bastante gilipollas).

«Sí, vale, gracias», le digo. Entonces intento borrarle de la cabeza la imagen de mi propio y desgraciado fallecimiento y, por fin, bajo las escaleras.

La barandilla es metálica, pintada de un amarillo muy alegre, pero el uso ha dejado treinta y seis diminutos desconchones en la

pintura, que cuento a medida que van pasando bajo mi mano. Celine me está esperando abajo, pero no dice nada, al menos hasta que llegamos al pasillo que conduce a la puerta cerrada de la biblioteca, de luces fluorescentes muy fuertes y moqueta gris azulada que amenaza con despegarse.

—¿Crees que habrá alguien? —pregunta—. ¿Una clase o algo?

—¿Por qué iba a haber alguien?

—¿Por qué está cerrada la puerta, entonces?

No quiero reconocerlo, pero es una buena pregunta. El instituto Rosewood tiene una política de puertas abiertas, así que o está pasando algo importante en la biblioteca o ha acampado un grupo de alumnos de undécimo para hacer los deberes, comer Kit-Kat y llenar de migas la Biblia. Solo hay una forma de averiguarlo.

Doy un paso adelante y pego la oreja a la puerta. Celine se mueve exactamente al mismo tiempo que yo, y me quedo parado, pero no voy a apartarme de ella como si tuviera miedo. Y así es como acabamos los dos contra la puerta, frente a frente. De inmediato me doy cuenta de que es... más bajita que yo.

Imposible. Celine Bangura es más alta que yo. Siempre lo ha sido. Pero ahora que me acerco a ella por primera vez en casi cuatro años, resulta que dejó de crecer y la he superado por varios centímetros.

Qué curioso.

—Aparta —masculla.

—Apártate tú.

No suelo ser tan cargante, pero es que se me contagia de ella, como si fuera la gripe.

Celine pone los ojos en blanco.

—Nunca cesan de asombrarme tu buen talante y tu madurez.

—Dime cinco sinónimos de «hipócrita». Y sí, puedes decir «Celine».

Ver a esta piba poner una mueca antes de insultarme es como ver a un delantero acercarse a tirar un penalti.

—¿No te han dicho nunca...? —empieza a hablar con más acritud que un limonero.

Pero la interrumpo una voz al otro lado de la puerta.

—Perdona —dice la voz de forma tajante—, pero no puedes estar hablando en serio.

—¿A qué te refieres? —pregunta una segunda voz. Esta la reconozco: es la de la entrenadora, que es un sol y nos trae chokolatinas los días de partido, ganemos o perdamos. Además, es lo que mi padre definiría como «inquebrantable», y tiene unos bíceps tan grandes que sería capaz de reventar un cráneo como si fuera un huevo, pero creo que eso forma parte de su encanto.

—¿Qué es lo que no entiendes exactamente? —pregunta la primera voz, con un acento tan cantarín como el de las chicas de *Derry Girls*—. No podemos castigar a los niños con flexiones.

—¡Pues claro que podemos! Son alumnos sanos. Les motiva. No seas pazguato, Gallagher. —Ahí tienes lo de «inquebrantable».

—Gallagher es mi profesor de Economía —susurra Celine—. ¿La otra es Morgan?

La miro atónito.

—¿Quién? ¿Te refieres a la entrenadora?

Celine pone los ojos en blanco, tanto que igual se le parte el nervio óptico.

—¿Es que no sabes cómo se llama tu entrenadora de fútbol?

Te juro que se regodea en mis deslices como si le aportaran su dosis diaria de vitaminas y minerales.

—Pues claro que sé cómo se llama: entrenadora. —Se llama Stacy.

—Eres una parodia de ti mismo, Bradley Graeme.

—Y tú te encantas a ti misma.

—Mira quién fue a hablar —bufa como si tuviera cinco años.

—Seguro que te quedas dormida mientras oyes tus propios *tiktoks*, como si fueran una nana.

—¡Shhhh! —chista Celine.

Puede que haya hablado un poco demasiado alto. Uy.

Se oye una silla al arrastrarse y, antes de que pueda reaccionar, se abre la puerta en la que estamos apoyados, y los dos caemos hacia delante. Mierda.

Logro aferrarme al marco de la puerta para evitar caerme al suelo, pero Celine sigue sujetando el libro con las dos manos. En un acto reflejo, la agarro, sin ser consciente de mis movimientos. De repente, me veo rodeándole con el brazo el suave contorno de su cintura, y ella me mira, con los ojos castaños tan abiertos que parece el dibujo animado de un insecto. Entonces, como en una descarga eléctrica, me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Vuelvo en mí y la suelto.

Una décima de segundo después, mi cerebro me dice que no tendría que haberla soltado, pero ya es tarde: se está cayendo. Veo, horrorizado, como se desploma con un grito y como el libro se estampa contra el suelo a su lado.

Se produce un momento de silencio glacial.

Luego, Celine levanta la vista para contemplarme con una mirada amenazante y anuncia:

—¡Serás desgraciado!

Abro la boca.

—Es que...

—¡Me has soltado!

Mierda.

—No era mi intención. —Se me quiebra la voz por la duda, cosa que me fastidia porque lo digo en serio: no era mi intención.

—Sí, ya —masculla Celine mientras se incorpora y sisea de dolor.

La entrenadora, que lleva inmóvil por la confusión desde que abrió la puerta, pasa a la acción.

—Espera, señorita —le ordena; entonces se arrodilla y sujeta la muñeca de Celine—. Madre mía. —Niega con la cabeza, y la coleta rubia se le mueve de un lado a otro.

Me da un vuelco el corazón.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

La entrenadora presiona con delicadeza la muñeca de Celine.

—¿Te duele aquí?

Su respuesta es un grito ahogado.

—¿Y aquí?

Celine asiente.

El profesor Gallagher, que es bajito, nervioso y colorado, co-tillea desde detrás de la entrenadora.

—Mmm... Creo que debería pasarse por la enfermería.

—¿Qué? —repito. A la enfermería solo se va en caso de crisis nerviosa o cuando uno está enfermo y tiene que llamar a sus padres—. ¿Qué le pasa? Yo la acompaño.

—No —dice Celine, tan rápido que, por un segundo, hasta me molesta, pero entonces me acuerdo de que no me cae bien, de que yo no le caigo bien a ella y de que somos enemigos.

La entrenadora me mira con gesto serio mientras ayuda a Celine a ponerse en pie.

—Ya la acompaño yo. Brad, dile al equipo que voy a llegar tarde al entrenamiento.

—Sí, entrenadora. —Uy, un momento—. Eh... Es que Celine y yo teníamos que venir a hacer unos deberes para la clase del profesor Taylor.

—Pues Celine no va a poder hacer deberes esta tarde, así que ve corriendo a contárselo.

La entrenadora sujeta a Celine de la cintura, y las dos se dirigen hacia la escalera, seguidas de Gallagher.

Me paso las manos por el pelo.

—Mierda, mierda, mierda.

¿Le acabo de romper el brazo a Celine? Solo pensarlo me forma un nudo en el estómago, como si me hubiera tragado una bola de hormigón. Se me sube el ácido a la garganta. ¿Por qué narices la habré soltado? Me miro fijamente las manos y susurro:

—Ya os vale, joder.

Pero no me responden.

Suspiro y me agacho para recoger el libro que se le ha caído. De entre las páginas sobresale algo. Lo abro y entonces veo que me mira una mujer de piel oscura y pelo largo que me resulta algo familiar.

«Campamento Breakspeare», reza el folleto de papel satinado.

Breakspeare. Katharine Breakspeare. Ya me acuerdo de qué conozco a esta mujer: del corcho con fotos que tenía Celine en su habitación. De cuando Celine me dejaba entrar en su cuarto, cosa que ya no sucede.

Cierro el libro.

LUNES, 16:34

⚡ LAS BANGURA ⚡

Mamá♥

Id contándome, anda.

Giselle ✦

el médico nos ha pedido una radiografía.
estamos en la sala de espera

Celine

perdón mamá

Mamá♥

¿Tienes rota la muñeca y sigues
con el móvil de las narices?
Seguro que por eso te has caído.

Celine
que no!

Mamá ♥

Tú lo que necesitas es un
poco de mano dura.

Giselle ✨

skdhfsjkhfhs MAMÁ

¿RIVALIDAD O AMOR? ¿POR QUÉ NO AMBAS COSAS?

Bradley Graeme es prácticamente perfecto: es un pro del fútbol, lleva más o menos bien su TOC y es el mejor de la clase, salvo en las asignaturas en las que coincide con su ex mejor amiga, Celine.

Celine Bangura está obsesionada con las teorías conspiratorias. Sus seguidores devoran todo lo que publica, ya sea sobre ovnis o sobre el consumo desmedido en Navidad. Sin embargo, Celine no mola lo suficiente como para compartir mesa con los populares. Por eso Brad pasó de ella hace años. Porque fue por eso, ¿no?

Reducidos a rivales académicos, Celine y Brad apenas han vuelto a dirigirse la palabra... hasta que coinciden en un curso de supervivencia en la naturaleza, donde se verán obligados a trabajar en equipo para ganar la beca de sus sueños.



5500099

ISBN 978-84-18027-99-4



9 788418 027994



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es